

ALEXANDRO JODOROWSKY

LA VIDA SEXUAL DEL HOMBRE ELASTICO



Claro que Mr. Fantástico puede satisfacer a una mujer mejor que nadie... ¡Y hasta a dos! Su cuerpo se estira a voluntad como el caucho y puede tomar cualquier aspecto. Su falo puede engordar si se lo piden, o alargarse, tomar forma de hongo alucinógeno, e incluso de sacacorchos...

Su deliciosa extremidad puede ondularse, cubrirse de bultos, curvarse, rodearse de grandes anillos, como los del muñeco de Michelin, adornarse con relieves que harían palidecer de envidia a los fabricantes de consoladores más desenfundados... Este tuerto hipertenso posee el poder de transformar su único agujero en boca del lobo, de metamorfosearla en chochete, de hacer que crezcan sobre su tronco mil patas cosquilleantes, puede recubrir su superficie cilíndrica de innumerables lengüecillas que lamerán las paredes húmedas de la pareja durante el frenético vaivén, y ¡cuántas cosas más! Pero si el hombre de goma puede satisfacer a una mujer mejor que nadie, no es menos cierto que ninguna mujer puede —desgraciadamente— satisfacerle a él. En medio de los jadeos, de los lamentos que se suceden sin interrupción, de los alaridos de ballena enloquecida, de las cataratas de líquido tibio, de los temblores alucinados, en mitad de las patadas intempestivas, de las trombas de palabras cochinas, idénticas a aquellas que se leen en la penumbra de las letrinas y que anuncian el clima cósmico de la mutación de la hembra humana en perra salida —carne ardiente alrededor de sus ojos virginales—, desgraciadamente, en medio de todo eso, el Hombre Elástico, triste y concienzudo, curra como un condenado para ganarse el pan del orgasmo con el sudor de

su frente, sin recibir jamás compensación alguna por su talento proteiforme. Y no hay solución: ¡Posee once mil vergas y la mujer no tiene más que un coño!

Ciertamente, a primera vista, la vida sexual de Plastic Man es impresionante, pero tras la fachada se muestra trágico, falto de identidad, carece de una forma fija que pueda definirle; el hombre que puede adoptar todas las caras no es dueño de ninguna. Jamás podrá ser amado por él mismo... El malestar comienza en el mismo momento del flirteo: ensaya diversos números para captar la atención de la presa, se hace Rambo hinchando todos sus músculos. Si la mujer permanece insensible, se abalanza a una cabina de teléfonos de la cual sale enano. Suece de un metro ochenta y nueve, chino, macarra, hermafrodita regordete o delgado o con muchos ángulos, o helicoidal, rubio, negro, con un gran paquete entre las piernas. Si sigue sin dar resultado, se transforma, tras haberse procurado las fotos adecuadas, en el sosia del padre de la señora o en el del hermano para explotar el

deseo incestuoso, o bien se hace una cara que se parezca a ella; es el efecto del espejo, que en esta ocasión explota el narcisismo vulgar... Se vuelve bestial o transparente como San Francisco, pero, cualquiera que sea el aspecto que tome, nunca es él quien es amado, sino otro, una proyección, un fetiche...

En sus comienzos, de adolescente, este problema no pareció afectarle particularmente: se prestó a experiencias únicas con entusiasmo, pero esta euforia estaba —sin él saberlo—teñida de resentimiento. Una vez, para aproximarse a la intimidad de una compañera exuberante, se licuó y se escondió en el tazón de consomé de la chica. Ingerido, recorrió su estómago, sus intestinos, buscó sus riñones para finalmente salir, con

exacerbada sensualidad, en forma de largo chorro, mezclado con pis aromático... En otra ocasión, hallándose enamorado de una huérfana, estiró su dedo sin uña como si de una manguera se tratase, lo hizo trepar por un muro, serpentear por el jardín del orfanato, escalar hasta el cuarto piso, entrar por la ventana, reptar, encontrar la cama de hierro, rozar las sábanas húmedas y allí, lentamente, delicadamente, solapadamente, sin interrumpir el profundo sueño de la mo-

zuela, lo hizo penetrar en su vagina virgen, en la cual depositó un esperma tan elástico como su carne. A continuación, embargado por una euforia sádica, violó con su telescopio a todas las demás inocentes. La noche fue agotadora. No puso fin a su ultrajante

Superhéroe de talento proteiforme, amante absoluto y víctima irrisoria, follador estajanovista y libidinoso frágil; el Hombre Elástico se ha echado en el diván delirante de Jodorowsky. ¡Una primicia!

Dibujos de Stan Lee/Jack Kirby, © Canam Publishers





"Aunque el hombre de goma puede satisfacer a una mujer mejor que nadie, desgraciadamente ninguna mujer puede llenarle a él."



SOMETHING IS LIFTING ME INTO THE AIR--LEVITATING ME AS THOUGH I'M WEIGHTLESS!

AND THE ADHESIVE CABLES--THEY'RE RAISING ALSO--WRAPPING AROUND ME--TRAPPING ME!

YOUR FORCE FIELD, SUE--USE IT--PROTECT YOURSELF!! WE'RE BEING ATTACKED!

BUT--HOW?? BY WHOM??

Dibujos de Stan Lee/Jack Kirby, © Canam Publishers

obra hasta haber preñado a todo el orfanato, incluyendo a las tutoras. Es interesante añadir que para llegar con su flecha, de unos seiscientos metros de largo, al centro de las dianas, había prolongado su ojo derecho a modo de tentáculo de mira...

Plastic Man salió durante un tiempo con una sadomasoquista amante de las ligaduras. Tuvo el placer —convirtiéndose todo él en cuerda— de enrollarse alrededor del cuerpo de la mujer, atándola de mil y una maneras y, de esta guisa, se ataba a sí mismo, puesto que era a la vez la cuerda, los nudos y el amante. Más tarde, estuvo locamente enamorado de una vulgar cabaretera y le sirvió, en las veladas, de abrigo de pieles, por la noche, de saco de dormir, por la mañana, de W. C. y, durante sus clases de gimnasia rítmica, de braga sucia.

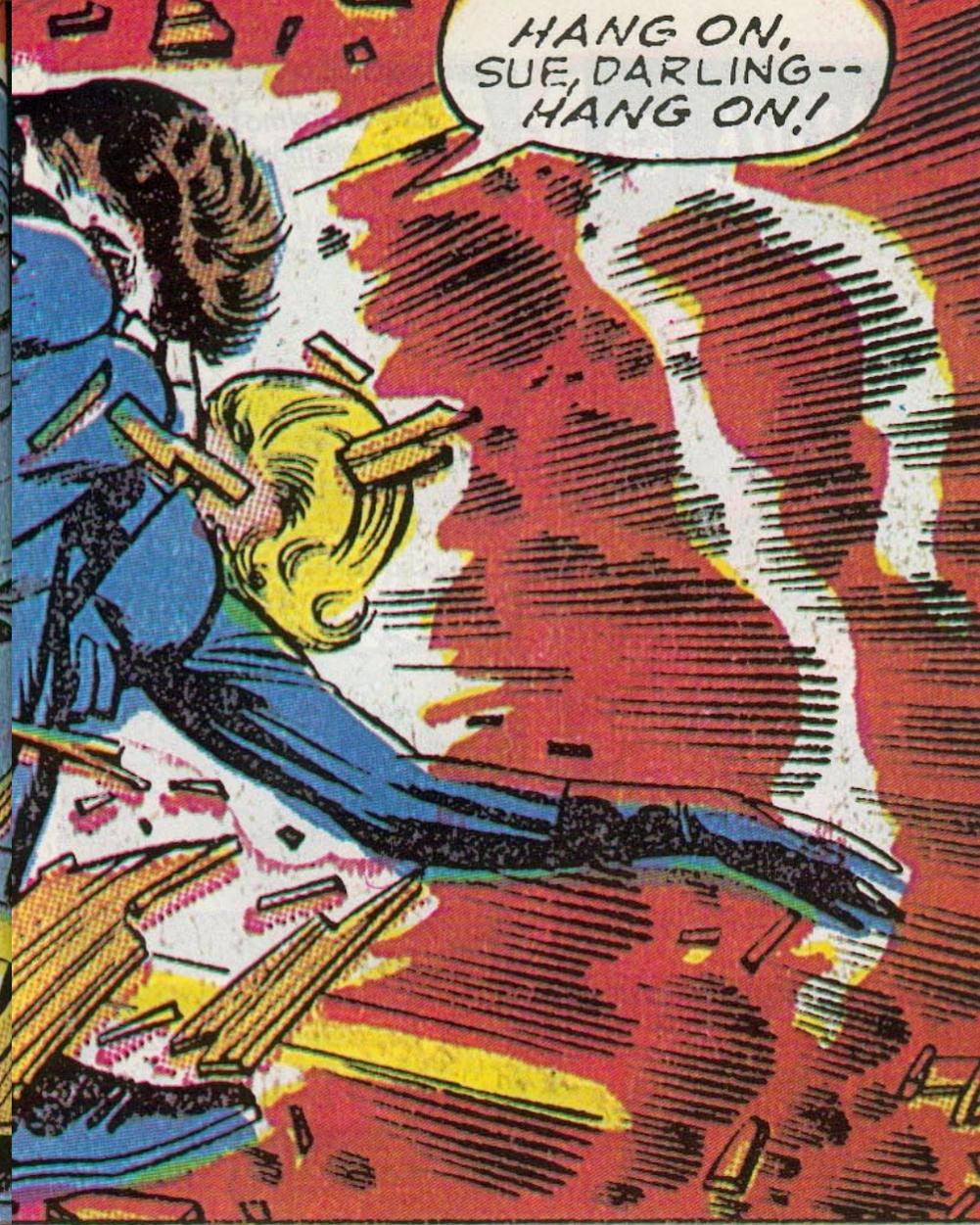
Se especializó en caricias: Ampliando sus manos, podía acaparar con sus palmas

gigantes la espalda de su amante, y sus pechos y su culo, y sus piernas y su tripa, y sus sedosos cabellos.

Cuando ella terminaba de ducharse, se convertía en toalla y se paseaba por toda la superficie de su piel mojada... Plastic Man no ha escatimado nunca esfuerzos por estar en contacto estrecho y profundo con sus amores: ha vivido una vida de silla, de osito de peluche, de pie de lámpara, de salvavidas, de mesa del desayuno, de muleta, de pepino, de pañuelito de papel... Su devoción rayaba en el sacrificio.

Cuanto más lo confirmaban sus proezas como el amante más completo de la historia —su instrumento secreto podía desdoblarse: una rama gruesa para la puerta húmeda y una más fina para la puerta seca, e incluso triplicarse, con una rama telescó-

pica para las necesidades del acto oral—, más crecía su melancolía. Cuántas noches pasó en las camas de niñas románticas, suspirando, metamorfoseado en un único y enorme órgano, amante-falo sin cabeza ni brazos ni piernas, arma pura rogando por su boca única por que la mujer de cabeza, tronco y cuatro extremidades inmutables pudiera, también ella, como por arte de magia, convertirse en elástica y transformarse en sexo puro, oval, inmenso, babeante, para que el acto amoroso se realizara al fin en su esencia transparente: dos órganos genitales enloquecidos de pasión, jadeando, echando espumarajos, pegajosos, golpeando las paredes, rebotando contra el techo para finalmente topar con la ventana, destrozar los cristales, atravesarla, caer sobre la acera y rematar la explosión espermatocítica, cual moluscos gigantes en éxtasis bajo la luna.



HANG ON, SUE, DARLING-- HANG ON!

Trató de prescindir de las mujeres. Con su especial habilidad era capaz de inclinar su trompa, hacerla pasar por entre sus piernas y hundirla en su pequeña madriguera. Al principio, la experiencia le llenó bastante, pero poco a poco la melancolía volvió a aflorar. Para alejarla de sí, buscó nuevas sensaciones. Hundió su anaconda cada vez más profundamente en su pasillo estrecho. Así, recorrió su intestino grueso, su intestino delgado, el estómago, el esófago y salió por la boca escupiendo su veneno. Y esto no es todo. La lengua ávida en cuestión se estiró, reptó, se enrolló en piernas femeninas, penetró el estrecho pasillo, recorrió el mismo camino para, al fin emerger como lengua escarlata... Llegó así a formar un collar de ciento ocho perlas vivas... Cansado de estas variantes monótonas, decidió tomar la forma de la mujer de sus sueños —nalgas de Venus hotentote y pechos como

pelotas de ping-pong.

Con su cuerpo convertido en mujer, a excepción de sus manos, que hizo grandes, peludas y viriles, pasó largas noches acariciándose. Los masajes de sus dedos de hombre pudieron así hacer vibrar el resto de su cuerpo femenino. Muchos placeres, desde luego, ¡pero qué soledad! Bajo miles de apariencias, vagó por las calles de la ciudad gritando: "¿Quién soy?" y "¡No estoy en ninguna parte!"

Tal vez a causa de esta crisis existencial que le llevaba a echar raíces, literalmente, extendió sus veinte dedos en forma de raíces y los introdujo en el cuerpo de su amante. Como un árbol sediento, se quedó allí horas y horas, agarrado al interior de aquel cuerpo, tratando de hallar su realidad. Sí, quiso penetrar realmente la carne de esa mujer, ir más allá de la penetración superficial del ser normal, que nunca pasa de la

fricción de las superficies. Quiso romper la forma que le obsesionaba precisamente porque no podía tenerla: Transformó, pues, su miembro en una fina aguja, lo introdujo en un poro de su bienamada, alcanzó una vena, la atravesó, siguió la corriente sanguínea y accedió a la catedral de su corazón... Masturbado por el latir del músculo vital, se dejó ir y pudo al fin depositar su semilla en el centro de la cavidad cardiaca... Más tarde, mientras su amor dormía, la penetró con su miembro por la nariz, taladró el hueso frontal, avanzó entre las circunvoluciones cerebrales hasta alcanzar el cuerpo calloso y tocar la glándula pineal. Contra ella frotó su cabeza ardiente y depositó su perla líquida en la raíz de los sueños de su amante. Cual ciempiés, prolongó su nariz, su lengua, sus dedos, sus pelos, sus rodillas, sus codos, cada centímetro de su piel, se cubrió con un tapiz de tentáculos y se hizo mil falos...

Abrazando a la mujer, la penetraba sin cesar por todos sus poros. Ella, tomada por sus innumerables vías de acceso, gozaba, recibía una lluvia interior de semen... A continuación, siempre en busca de un lugar real, de una forma, de una identidad verdadera, el Hombre Elástico se acurrucaba, buscaba refugio en la vagina, se introducía encogiéndose por el útero, tomaba posesión del vientre, se quedaba nueve meses como un feto y se hacía dar a luz disfrazado de bebé de un metro ochenta.

Al final, desesperado por no encontrar a su pareja ideal, con su sed insaciable de una mujer que pudiera estirarse con él hasta la luna, que pudiera licuarse con él para convertirse en charco de carne alucinada, sed insaciable de una vagina extensible, metamorfoseándose al compás de los antojos, hipermúltiple, sí, desesperado, desengañado, frustrado, se abalanzó sobre pobres ciudadanas y con sus pies de formas cambiantes, las molió a patadas, mandándolas al hospital hinchadas, deformadas pero no elásticas... ¡No había solución! Echando lagrimones, de formas diferentes y dimensiones múltiples —siendo las más dramáticas las lágrimas cúbicas—, escondido más que nunca tras sus gafas oscuras, ha llegado hasta mi consulta de psicoanalista.

No quiero pecar de falsa modestia: confieso, lleno de orgullo profesional que, tras dieciocho años de tratamiento —tres sesiones semanales a 100 dólares la media hora— ha encontrado al fin la verdadera felicidad. Totalmente curado, habiendo hallado al fin su verdad y su lugar en el mundo, no sale nunca de mi gabinete, metamorfoseado para siempre en diván. ■